



Viaje, política y corporalidad en *Historia Indiana* de Nicolás Federmann (1557)

Loreley El Jaber¹

Resumen. El presente artículo analiza la *Historia indiana* de Nicolás Federmann (1557), la crónica de su viaje a Venezuela, y aborda su construcción en tanto relato de viaje, las materias a las que apela y las dificultades con las que se encuentra. Viaje y narración se entranan aquí con una política económico-territorial que tanto concibe y construye a este viajero mercenario como condiciona la materia de su discurso, los objetos y sujetos que delinea, las incursiones y omisiones que imprimen huella en la historia. El recorrido propuesto busca indagar en los modos de representación y en los modos de constitución del relato de viaje de este alemán a Venezuela.

Palabras clave: relato de viaje, política, corporalidad, Federmann, Venezuela.

[en] Travel, Politics and Corporality in *Historia Indiana* by Nicholas Federmann (1557)

Abstract. The present essay analyzes the *Historia Indiana* by Nicholas Federmann, the chronicle of his trip to Venezuela, and addresses its construction as a travel narrative, the subjects it appeals to and the difficulties it encounters. Voyage and narration are intertwined here with an economic-territorial policy that as much conceives and constructs this mercenary traveler, as conditions the matter of his discourse, the objects and subjects that he delineates, the incursions and omissions that mark history. The proposed reading seeks to question the modes of representation and the modes of constitution of the travelogue of this German to Venezuela.

Keywords: travel Narrative, Politics, corporality, Federmann, Venezuela.

Sumario. 1. Nicolás Federmann y su *Historia Indiana*. 2. En el principio fue la acción. 3. Espacio y tiempo. 4. Lenguaje y política: el lugar del Otro. 5. Federmann y su política disciplinaria. 6. Cuando el viajero dice yo.

Cómo citar: El Jaber, L. (2022) Viaje, política y corporalidad en *Historia Indiana* de Nicolás Federmann, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 51, 121-133.

1. Nicolás Federmann y su *Historia Indiana*

En 1557 se publica en Hagenau el único relato de viaje de Nicolás Federmann² a Venezuela: *Historia Indiana. Una bella y amena historia del primer viaje de Nicolás Federmann, el joven, de Ulm, emprendido*

¹ Universidad de Buenos Aires/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), República Argentina.

Correo: lejaber@gmail.com

² Nikolaus (Nicolás) Federmann nació en Ulm, Alemania, en 1505. Pasó a las Indias como capitán de las fuerzas de apoyo que, desde Sevilla, habían enviado los Welser, de quienes fue agente, al gobernador Ambrosio Ehinger (1500-1533) (apellido castellanizado como Alfinger) en octubre de 1529. Al llegar a Coro en 1530, es nombrado capitán y lugarteniente en reemplazo de Alfinger. Durante este período emprende el viaje que da materia a este relato, iniciando la primera exploración del Tocuyo, Cojedes y Portuguesa, en los llanos, para regresar en 1531 a Coro donde Alfinger, enojado porque había emprendido este viaje sin autorización, lo destierra por cuatro años con la obligación de responder por tal insubordinación ante los Welser. Hacia el final de 1531 embarca hacia España y llega a Augsburgo el 31 de agosto de 1532. Una vez justificado su viaje, firma un compromiso de servicios con los Welser por siete años y, luego de la muerte de Alfinger, el 19 de junio de 1534 es nombrado por el Consejo de Indias y a pedido de los banqueros, Gobernador de Venezuela. Pero antes de oficiar dicho cargo, es sustituido en Sevilla por George Hohermuth (1500-1540) (conocido como Jorge Spira), logrando tan sólo el regreso a Venezuela. Al pasar por Santo Domingo reclama nuevamente la gobernación y, aunque se expide el nombramiento, nunca llega a sus manos. Al llegar a Coro, Spira le da poderes especiales y una serie de instrucciones, mientras este inicia su expedición. Apartándose de tales pedidos, se interna en 1537 hacia los llanos de Carozza, cruza el Apure, y en el valle de Fosca se encuentra con la gente de Gonzalo Jiménez de Quesada (1509-1579) y posteriormente con la de Sebastián de Belalcázar (1480-1551) que venía desde el Perú; los tres capitanes regresan a España para dirimir el tema de la prioridad y los derechos sobre ese territorio.

desde España y Andalucía a las Indias del Mar Océano, y de lo que allá le aconteció hasta su regreso a España, descrita brevemente, de muy agradable lectura (Indianische Historia. Ein schöne kurzweilige Historia Niclaus Federmanns des Jüngers von Ulm erster Raise so er von Hispania und Andalusia ausz in Indias des oceanischen Mörs gethan hat und was ihm allda ist begegnet bisz auff ein Widerkunfft inn Hispaniam, auff, kurzest beschrieben, gantz lustig su lesen).

Este es uno de los pocos textos del siglo XVI sobre la conquista y colonización alemana de este territorio, el cual da cuenta de los sucesos que se llevaron a cabo entre 1529 y 1531, de acuerdo con lo que fue el primer viaje de Federmann a la colonia de Coro, recientemente establecida, y sobre la cual la compañía bancaria de los Welser tenía el derecho de gobernar por mandato del emperador Carlos V, de acuerdo con la capitulación firmada en 1528³. No es este el único texto de un alemán en viaje por América, al de Federmann se le suman las cartas de Philipp von Hutten sobre la campaña de conquista de Venezuela que lleva a cabo como representante de la misma firma mercantil (*Noticias de las Indias por Philipp von Hutten*, 1550), aunque en este caso el período que abarca es posterior (1533- 1538); el texto de Hans Staden sobre su viaje y cautiverio entre los indios tupí de Brasil (*Verdadera historia y descripción de un país de salvajes desnudos, feroces y caníbales, situado en el mismo mundo, América* 1557); y el derrotero por el Río de la Plata de Ulrich o Ulrico Schmidl, arcabucero también enviado por los Welser a esta parte del Nuevo Mundo (*Verídicas descripciones de varias navegaciones, como también de muchas partes desconocidas...*, 1567).

Si los viajes de estos hombres a América ponen en evidencia el interés de los alemanes por estas porciones del mundo –Venezuela, Brasil y el Río de la Plata– en tanto potenciales fuentes de enriquecimiento, asimismo los relatos y su respectiva publicación dan cuenta de un interés que excede, al menos en apariencia, lo meramente económico o mercantil. Estos textos escapan en gran medida a los imperativos establecidos desde la metrópoli sobre las materias y la información a proveer sobre las Indias, lo que permite pensar su existencia de acuerdo con una apetencia narrativa particular; es decir, entroncada en un claro interés del público lector alemán por este tipo de historias de viaje a lugares desconocidos. Christine Johnson (2008), quien ha estudiado en detalle esta cuestión, nos recuerda que en 1508 se publica en Núremberg el libro *Nuevas Tierras Desconocidas (Neue unbekante landte)*, compuesto por una serie de relatos de viaje a distintas partes del mundo; un libro que en verdad era una traducción de una compilación sobre viajes que había sido publicado en Italia –*Paesi novamente ritrovati*– el cual consistía en numerosas cartas de navegantes, mercaderes y reyes sobre las recientes expediciones portuguesa y española. Este volumen y su contenido “tipifican los relatos de la expansión ibérica en las primeras décadas del siglo XVI”:

Como *Neue unbekante landte*, la mayoría de las publicaciones alemanas sobre descubrimientos venían originalmente de afuera y encontraron su lugar en Europa Central a través de canales diplomáticos, educativos y comerciales que unían ciudades como Augsburgo, Núremberg, Estrasburgo y Basilea con Italia, Francia y la península ibérica. [...] Las versiones expandidas de *Neue unbekante landte*, publicadas en alemán (1534) y en latín (1532, 1537, 1555), reflejaban al mismo tiempo el incremento de información sobre los descubrimientos disponible en Alemania y el continuo interés de los públicos alemanes por interpretarlo. (Johnson, 2008: 19-20. La traducción es mía)

La narrativa de viaje estaba dirigida a todo tipo de públicos en Alemania, tanto para el culto que leería la versión latina, como para el apenas alfabetizado que podía entender las numerosas y baratas versiones alemanas del *Mundus Novus* de Américo Vespucio, por ejemplo, con sus textos cortos y sus grandes ilustraciones y grabados. El evidente interés del público lector es alimentado y construido por editores, compiladores, traductores e ilustradores. “No existe texto fuera del soporte que lo da a leer (o escuchar)”;

“no hay comprensión de un escrito cualquiera fuera de las formas en las cuales llega a su lector”, sostiene Roger Chartier (1999: 55); y, en efecto, la materialidad del texto – o el texto entendido como producto de un

Federmann, que se había librado de graves acusaciones en los juicios efectuados en su ausencia por la violencia en el trato a los indígenas, llega a Flandes, donde se encontraba el Emperador, y es encarcelado en Gante. Una vez puesto en libertad, y desvinculado de los Welser, regresa a España en 1541. Allí, tanto unos como otros se acusan mutuamente de no haber pagado y de haber ocultado derechos que les correspondían a la Corona. Federmann muere en Valladolid a fines de febrero de 1542 (al respecto, ver Arciniegas, 1941; Friede, 1960; López. 1985).

³ “De varios expedientes echó mano Carlos V, para llevar adelante sus proyectos, y fue uno de ellos el de contraer grandes empeños pecuniarios con los Welsers o Belzares de Ausburgo, acaso los más ricos comerciantes de Europa a la sazón. Deseando pagarles, o por ventura obtener nuevos socorros, les dio la provincia de Venezuela, desde el cabo de la Vela hasta Maracapaná, para que la poseyesen como feudo hereditario; pero a condición de conquistarla y fundar dos ciudades y tres fortalezas en los parajes que juzgaran aparentes. Concedióles además la facultad de nombrar un gobernador, con el título de adelantado, cuyo sueldo se pagaría con el cuatro por ciento de los quintos reales: la propiedad de doce leguas cuadradas en el sitio que escogiesen y (lo que aún interesaba más a los agraciados) y la autorización de esclavizar los indios que rehusasen a la obediencia” (Baralt, 1939: 170).

El contrato, que a grandes rasgos era similar a los concertados entre la Corona española y otras empresas privadas, tenía amplios beneficios para los Welser; entre ellos: el de exonerarlos del pago del quinto real por los primeros tres años y el permiso no sólo de esclavizar a los indios sino de importar 4000 esclavos africanos a América.

proceso dinámico de mediaciones- resulta clave aquí. Al respecto, vale decir que es particular el modo en que los relatos de estos alemanes llegan al lector⁴. Y en este sentido el de Federmann no es una excepción, su historia también es singular. De acuerdo con lo que él mismo cuenta, y con lo que reproduce en el prólogo su cuñado y editor Hans Kiffhaber, este relato posee un documento notarial que sirve de base: el informe que escribió el escribano español (cuyo nombre no se consigna) que acompañaba a Federmann en su viaje de exploración y conquista. Federmann explica su existencia como respuesta a un “ordenamiento y voluntad de Su Majestad en todas las Indias a fin de tener relaciones dignas de fe”. Se instala así el relato en un ámbito veraz e infalible: un notario, figura pública y legitimada, escribe y anota *in situ* “*todo cuidadosamente*”. La totalidad y el modo aseguran, confirma el autor, el tipo de relato que se ofrece. El viajero aclara su función: “traducir ese diario a la lengua alemana, agregando algunas circunstancias, cuyo relato me ha parecido necesario”; agregados sin los cuales “hubiera sido difícil comprenderlo en muchas cosas a quienes no conocen el país”⁵. Federmann traduce y reescribe, interpreta los saberes y desconocimientos del lector, y construye una crónica en la que el protagonista es ese yo viajero que muy probablemente se hallaba ausente del diario del notario.

Pero el documento aquí referido no fue hallado en los archivos, lo que ha impedido a los filólogos poder determinar el grado de reescritura material del viajero explorador. De hecho, las traducciones más fidedignas siguen el original alemán que publica su cuñado, junto al editor protestante Sigmund Bund, en 1557, quince años después de su muerte, acaecida en 1542⁶. Si bien puede estimarse la presencia de la mano de Federmann en todo el relato, lo que resulta evidente en el modo en que se coloca como centro necesario del mismo; según lo declarado, el texto del español está allí diseminado en el libro. Claro está, siempre y cuando creamos en lo dicho por el propio Federmann. La existencia del escribano es indudable, lo que no podemos asegurar es, sin embargo, la existencia de un diario que no figura en los archivos. Real o no, ese texto – mejor dicho, la enunciación reiterada (al comienzo en el prólogo y al final en el cierre) de su presencia- le ofrece a lo narrado un aura de veracidad y de minuciosidad de todo lo vivido durante el viaje, así como construye lo que puede pensarse como un tipo de *autoría plural*, muy a tono con la época⁷. El viajero se une con el notario, el nombre con la función estatal, el dato con la narración bélica y aventurera, la información de las naciones indígenas encontradas con la peligrosidad que revisten o la mansedumbre que manifiestan, la firma mercantil para la que trabaja Federmann con el Consejo de Indias al que rinde cuentas el autor del informe.

La *Historia Indiana*, según lo declarado, es un relato que es reescrito por Federmann; es él quien agrega, saca y aclara lo necesario; es él quien corta y reconstruye. En este sentido podemos decir que el relato de viaje es, en este caso, un “cuerpo de palabras” moldeado e intervenido por un viajero que es capitán y, como tal, dirige un ejército, arma estrategias con el enemigo, aplaca posibles sediciones; que es agente de una casa

⁴ En el caso de Schmidl, su texto *–Derrotero y viaje a España y las Indias*, como es conocido desde la primera traducción de Edmundo Wernicke en 1938– se publica trece años después de su regreso a Alemania, en 1567, en Núremberg, de la mano de Sigmund Feyerabend, editor protestante – fe que él mismo había abrazado años antes y que le valió su extradición de su ciudad natal-. Se publica como obra conjunta, acompañando un texto del librepensador Sebastian Franck. El caso de Staden es diferente, su *Verdadera historia y descripción de un país de salvajes desnudos, feroces y canibales, situado en el mismo mundo, América*, se publica en Marburg en 1557, casi al mismo tiempo de regresar (vuelve a Alemania a mediados de 1555 y la dedicatoria al landgrave de Hesse lleva por fecha junio de 1556). Su *Viajero y cautiverio entre los canibales*, como se la conoce, será un total y absoluto éxito de publicación. Reimpresa el mismo año en Frankfurt, traducida sucesivamente al holandés, latín, francés, inglés, portugués y español. Por su parte, las cartas de Philipp von Hutten se publican después de su muerte, a manos del español Juan de Carvajal en 1546. Se cuenta que Hutten había dejado una serie de cartas, cuyo manuscrito fue llevado a Alemania (1550) pero que finalmente fue publicado recién en el siglo XVIII como primer volumen de la colección de la *Revista literaria e histórica de Meusel* (Bayreuth y Leipzig, 1785), bajo el título *de Noticias de las Indias por Philipp von Hutten*.

⁵ Todas las citas responden a la siguiente edición: Nicolás Federmann “Relación del Primer Viaje a Venezuela”. Lorenzo E. López 1985. *Alemanes en América*. Madrid: Historia 16, pág. 121. De aquí en más sólo se consignará número de página.

⁶ Luego de su primera edición, tendrá que esperar al siglo XIX, específicamente a 1837, cuando el bibliófilo y latinoamericanista Henri Ternaux traduce al francés este texto, que califica de “muy raro”, y que había sido ignorado por largo tiempo. Lo publica en París como parte de su colección *Voyages, relations et memoires...* con el título de *Belle et agréable narration du premier voyage de Nicolas Federmann...* Es sólo después de esta edición que reaparece en alemán en 1859 de la mano de Karl Klupfel, quien lo publica en conjunto con el relato de Hans Staden. Las traducciones al español siguen a la francesa como original (Pedro Manuel Arcaya 1916 y Nérida Orfila 1945), hasta la llegada de la edición de Juan Friede (1961) que lo traduce directamente de la primera edición alemana. El resto de las ediciones seguirán, ampliarán o corregirán la de Friede (López, 1985: 29-33).

⁷ El *Viajes y cautiverio...* de Staden posee un prólogo escrito por John Dryander (1500-1560), amigo personal del padre del autor, y profesor de anatomía en la Universidad de Marburg. El prologoista, haciendo honor al Príncipe Felipe, Landgrave de Hessen, a quien está dedicado el libro, aclara su función allí: “Hans Staden [...] me pidió *rever, corregir* y, donde fuese necesario, *mejorar* su trabajo” (Staden, 1945: 5. El subrayado es mío). La crítica refiere esta situación compleja de escritura pero no ahonda allí. Las dificultades para determinar el grado de intervención de Dryander o de reescritura abona a ese resultado. Pero más allá de las particularidades, lo que se puede observar es una *concepción autoral conjunta*, propia de la época, al menos una práctica asidua en la Alemania del siglo XVI. Reparar en estas condiciones de producción y publicación y en todas las figuras que *hacen* al libro, nos permitirá lograr un grado de comprensión más amplio de los textos, incluso de las textualidades europeas de este tiempo.

bancaria que lo envía a Venezuela y lo sostiene una y otra vez en su lugar de mando; que es explorador y también mercenario. Esta multiplicidad de funciones es una interesante construcción de este “nuevo autor”, que es, ante todo, un evidente representante de un sistema colonial que lo constituye en su identidad como sujeto ideológico y cultural.

2. En el principio fue la acción

“Viéndome, pues, en la ciudad de Coro con tanta gente inactiva y desocupada, determiné emprender un viaje al interior, hacia el mediodía o Mar del Sur, esperando hacer algo de provecho”
Nicolás Federmann

El viaje aquí referido, con el que comienza el tercer capítulo de la relación, es el que emprende Federmann y los suyos durante 1530-1531 y en el que recorre la región de Barquisimeto, Portuguesa, Yaracuy y el oriente de Falcón. Este es un viaje que se realiza sin autorización alguna, en honor a un cargo jerárquico que se le otorga frente a la ausencia del legítimo gobernador de la provincia - el de lugarteniente y capitán general de Venezuela-, desde el cual oficia y decide; un viaje por el que pagará caro (se lo condena al destierro por cuatro años) pero, ante todo, un viaje que construye al personaje protagonista y que da materia al único relato de Federmann en Venezuela⁸. Entonces, este viaje por *motus* propio, que se lleva a cabo desobedeciendo jerarquías y posibles asignaciones, comienza con la frase con la que se abre este apartado. Es decir, comienza con lo que podríamos leer como una declaración de principios: no hay validación del emprendimiento más allá del océano sin viaje de exploración y conquista hacia el interior del espacio hallado; la inactividad y la desocupación producen pérdida; el viaje es la acción provechosa por excelencia. El relato de Federmann debe leerse a partir de esta afirmación. La inactividad de la gente, el necesario provecho que acarrea el emprendimiento de la acción, responden a una *lógica económica del tiempo y del viaje* que lo alcanza individual y culturalmente.

Los días que se suceden entre junio y septiembre de 1530, es decir entre la partida de Ambrosio Ehinger (castellanizado Alfinger), gobernador de Venezuela, rumbo a Santo Domingo, y la de Federmann hacia los llanos y la zona oriental del territorio venezolano no poseen –como es de esperarse– correlato discursivo. No hay anécdota ni suceso ligado a la inacción. La detención es falta de “provecho” y la improductividad queda definitivamente fuera de relato. No hay nada que contar de ese tiempo, el cual sólo significa en tanto instancia previa al acto de exploración y conquista, por eso su narratividad se reduce a: “Hice, pues, mis preparativos”. El relato de Federmann, alemán y mercenario, parte de una *concepción ideológico-cultural del movimiento*, ligada al capital y a la ganancia, por eso el viaje se decide sin permiso alguno, no sólo porque él mismo se autoconcibe como figura destacada y, ante todo, legitimada por el ejército, (“todo el ejército me reconoció como tal y me prestó juramento”), sino también porque se perfila como “necesario” económica, identitaria y moralmente para los viajeros conquistadores. La desocupación es perniciosa, afecta, contagia. El propio Federmann se ve a sí mismo con toda esa gente sin hacer nada... y arremete. La acción es el *leit-motiv* del relato; en el movimiento que imprime el viaje de conquista, el mercenario se construye como viajero y da lugar a la presencia del yo.

3. Espacio y tiempo

El relato menciona el itinerario trazado, como es de esperarse, pero no ofrece una detallada especificidad geográfica. La *Historia Indiana* de Federmann es ante todo una narración de lo funcional, por eso el recorrido –reducido a unas contadas millas que separan una nación de otra - aparecerá como tal en uno de los párrafos finales como resumen del camino realizado:

⁸ En 1536 Federmann realiza una segunda expedición, la más larga e importante de cuantas se realizaron en Venezuela en el siglo XVI, en la que se interna por los llanos de Portuguesa, Barinas y Apure y llega hasta el Meta. Se dirige luego hacia el oeste, a través de la Cordillera de Los Andes, y llega a Bogotá. Más de dos años tardan Federmann y sus hombres en hacer este extenso recorrido. De este segundo viaje no hay relato.

Hicimos al principio, como se ha visto, un viaje de setenta millas y visitamos las naciones Xideharas, Ayamanes y Xaguas, de allí por las llanuras, los Caquetíos, los Cuybas y los Guaycaríes y fuimos hasta la última aldea de estas, lo que estimo en cerca de cincuenta millas en línea recta. Durante todo este tiempo nos dirigíamos constantemente hacia el mediodía. De Itabana retornamos por el mismo camino hasta Barquisimeto; atravesamos el territorio de los Caquetíos y el valle de Vararida, después el de los Cyparicotes hasta la aldea de Xaraxaragua, situada sobre el Mar del Norte a treinta y cinco millas de Barquisimeto; de allí a Coro hay sesenta y cinco. He allí todo el camino que recorrimos agregando unas doce millas desde Coro hasta el territorio de los Xideharas. Desde ese punto hasta que llegamos a Martinico atravesamos un país nunca hasta entonces visitado por ningún cristiano. (122)

Si la geografía encuentra cauce narrativo, esto sucede ante todo en su valor como herramienta u obstáculo para el combate con el indio. Es decir, no hay descripción detallada de la zona ni de ninguno de sus accidentes, hay referencia si ésta explica la pérdida o la ganancia efectiva o potencial. Montañas, ríos o arroyos, llanura, ocasionalmente nominados, son ante todo el medio de ganancia de uno u otro bando. Así aparecen, por ejemplo, las montañas de Parupano (actual Estado de Lara):

Después de haber andado cerca de una milla llegamos a unas montañas tan abruptas que era difícil y peligroso hacer avanzar los caballos. Me apercibí bien pronto que el camino se hacía cada vez más impracticable y que aunque hubiésemos practicado ya un paso, encontraríamos otros parecidos a cada media milla, por lo que nuestra marcha se haría muy lenta y los enanos tendrían todo el tiempo necesario para prevenirse de nuestra llegada y podrían defender la entrada de sus montañas o abandonar sus aldeas. Aun cuando hubiéramos podido llegar hasta sus habitaciones se ocultarían fácilmente en parajes donde hubiera sido imposible encontrarles, y aun podrían atacarnos en puntos donde corriéramos mayor peligro que ellos. (67)

Si bien marcado por accidentes que impiden el éxito de la entrada, en líneas generales el espacio venezolano no se presenta como una realidad adversa; los padecimientos de los europeos en el recorrido no responden a una espacialidad negativa, sino a acontecimientos que hacen al tipo de exploración y a los tiempos que, en el caso de los conquistadores, se dilatan una y otra vez. Esas dilaciones, que responden tanto a las vituallas que portan los europeos (caballos, equipajes) como al desconocimiento efectivo del camino y el terreno, terminan complejizando las entradas en sí mismas; es así como empiezan a escasear los víveres y el agua, lo que da pie al inicio de las enfermedades:

Aunque los indios hacen ordinariamente este camino dentro del agua en día y medio, nos vimos obligados a emplear cuatro, porque nos era muy trabajoso avanzar con nuestros caballos y equipajes. Durante todo este tiempo no salíamos del agua, excepto a medianoche y en la noche, pues buscábamos alguna sabana donde comer y reposar.

Nos comenzaban a faltar los víveres... (74)

Hay algo del orden del tiempo que no responde a esa lógica económica antes mencionada. Reiteradamente Federmann y los suyos calculan mal y ese “error de cálculo” trae consecuencias desastrosas. Es decir, en el relato de Federmann no es la hostilidad del espacio lo que produce anécdota, y por tanto genera relato, sino el “uso” o “mal uso” de ese espacio y de sus respectivos tiempos lo que lo provoca.

Significado ante todo en su faceta funcionalista-pragmática, el terreno trazado por los conquistadores caminantes parece recuperar su sentido político, su directriz colonialista, hacia el final del texto, cuando el propio narrador destaca el rasgo fundacional del itinerario recorrido: “atravesamos un país nunca hasta entonces visitado por ningún cristiano”. Sin embargo, a lo largo de la historia no hay relato de fundación ni comentario alguno sobre terrenos propicios en los que asentarse. Si bien la capitulación de 1528 que firma Carlos V con los Welser establecía por su parte la obligación de conquistar la tierra, fundar ciudades y fortalezas, en 1540 se firman cédulas reales en las que se les exige a los gobernadores alemanes “la obligación contenida en los asientos primitivos de construir dos fortalezas: el 7 de octubre se les manda orden de construir una fortaleza en Coro y otro en el Cabo de la Vela” (Otte, 1959a: LXXII). A la falta de fortalezas se suma la falta de ciudades. A la primera ciudad, Santa Ana de Coro, fundada por el español Juan de Ampies en 1527, no le sucederán otras en lo inmediato. Durante el gobierno alemán, se atribuye a Ambrosio Alfinger la fundación en 1529 de la Villa de Maracaibo, nombre que se le dio por no haberse constituido cabildo que le confiriera carácter de ciudad. Esta villa, que en los documentos alemanes de los Welser aparece como Neu-Nürnberg (Nueva Núremberg), tuvo una población de apenas 30 vecinos y una actividad casi nula. Federmann también establece un villorrio, pero esto sucederá durante su segundo período en Venezuela, en 1535; se trata de la llamada Nuestra Señora Santa María de los Remedios del Cabo de la Vela, la cual no tuvo mayor suerte que la de su compatriota.

Evidentemente, la idea misma de asentamiento (en todo el sentido de la palabra) parece estar fuera del imaginario de los Welser, y de esto es fiel reflejo Federmann en su relato, quien concibe al espacio a gobernar como un espacio de explotación y, por tanto, de tránsito por definición.

4. Lenguaje y política: el lugar del Otro

La *Historia Indiana* de Federmann ha sido considerada la puerta de entrada al conocimiento de numerosas naciones indígenas venezolanas, desconocidas hasta el momento (Creswick Morey 1975; Arellano 1986). Si bien se mencionan diversas tribus que estructuran el relato (los capítulos están divididos de acuerdo con aquéllas que va hallando), el texto no ofrece, a diferencia de sus contemporáneos y coterráneos Hans Staden y Ulrich Schmidl, un cuadro etnográfico detallado de las naciones indígenas con las que se va encontrando en el camino o, al menos, un alto nivel de descripción de las costumbres, la vestimenta, los alimentos, las armas, etc., que caracterizan a cada una de ellas. El interés que presenta el texto de Staden por las características de los indios tupí hacen de él un “relato etnográfico” (Jáuregui, 2003); asimismo la diversidad de etnias de las que da cuenta Schmidl en sus veinte años en el Río de la Plata, en consonancia directa con una espacialidad que se erige en protagonista del relato y del viaje propiamente dicho, también construyen un texto con una voluntad de apertura epistémica marcada y evidenciable (El Jaber, 2011; 2016). La manía casi taxonómica en ambos por dar cuenta cabal de un Otro que el lector alemán no conoce o descubrirá a través de la lectura, no sólo responde a una cuestión propia del género y a las apetencias de ese destinatario europeo sobre ese mundo ajeno y exótico americano, sino que también le otorga relieve a la aventura y a la anécdota vivida por el viajero-explorador.

En Federmann, como sucede con el espacio, así también con sus habitantes; de tal modo que, si bien se accede a través de su relato a cierta información sobre las tribus halladas⁹, esta no llega a constituir un marco descriptivo fijo a completar según las particularidades. En líneas generales, los indígenas marcan el recorrido, son los verdaderos mojones del relato pero el interés no parece recaer en ellos en sí mismos sino en sus posesiones (oro y perlas) y en sus alianzas o enemistades, es decir en el grado de sumisión o belicosidad que presenta cada nación indígena; especificidad que, dado el tipo de narrador que se trata, podría aplicarse a cualquier sujeto a conquistar, sea americano o no.

Como agente de los Welser es esperable que se detenga en estos elementos, así como que sean ellos tanto los que determinen su lugar en el relato, como los que posibiliten la puesta en discurso de ciertas declaraciones relativas al aspecto vincular de los indígenas para con los europeos. Vale la pena detenerse en dos de ellas, precisamente porque es allí donde la actuación del hombre europeo en un espacio que no es el suyo adquiere singularidad.

La primera refiere que “la sumisión de los indios a su Majestad, así como su alianza, no duran sino mientras no puedan obrar de otro modo” (70). Los indios se reconocen vasallos, tal como lo pide el documento imperial (el Requerimiento), pero, aun así, el narrador confiesa no haberse atrevido a pedirles tributo dada la inestabilidad de la sumisión y el vasallaje “asumidos”. Si bien la declaración del narrador puede leerse en clave estereotípica (el indio infiel es esencialmente traidor, por ende no hay modo de confiar en su declarada sumisión), asimismo puede ser leída en otro orden: no hay reconocimiento *real* de su Majestad; los indios se someten, no por convicción sino por temor o porque se hallan compelidos a hacerlo. La afirmación de Federmann es un escándalo colonial: aquello que se entabla en el orden del lenguaje dista diametralmente del orden de la acción. El valor performático del discurso es ajeno a la cultura indígena que se viene a conquistar. Lo que dice Federmann con simpleza y contundencia es que sólo mediante la *acción* (entendida en sus *múltiples* formas) el manto de la conquista puede llegar a estos sujetos. La sumisión o el reconocimiento es, sobre todo y ante todo, bélico, lo que se reconoce es *el poder sobre el otro*, sea de la nación que sea. En este sentido, el combate favorece un tipo de representación que se quiere totalizante, como si el encuentro con un Otro (sea el que fuere) no problematizara esa identidad (que se quiere ver) “sin fisuras” previa al viaje.

⁹ De los Cuybas se dice que comercian sal con varias aldeas de los Xaguas, son enemigos de las cuatro aldeas vecinas, y las suyas están, por eso, muy fortificadas; de los Xideharas (Jirajaras) que poseen poco oro, que no comercian y que comen carne humana; de los Ayamanes que es una nación compuesta por enanos; de los Caquetíos destaca su valor y fuerza, su gran número y la grandeza de sus aldeas, es un pueblo rico y comerciante; etc.

La segunda sigue la línea abierta por la primera y vuelve al tema del lenguaje:

Hablaba al principio de mi viaje con los Caquetíos por medio de dos cristianos en quienes tenía entera confianza, y que conocían perfectamente el idioma; mas me fueron necesarios dos intérpretes con los Xideharas, tres con los Ayamanes, cuatro con los Cayones y cinco con los Xaguas. No hay duda de que antes de que nuestros discursos llegasen a la quinta persona, cada quien habría cambiado o agregado algo, de modo que de cada diez de mis palabras apenas una llegaría a mi interlocutor, lo cual no era dificultad pequeña, pues estábamos así imposibilitados de obtener muchos datos sobre las tierras que atravesábamos. (77)

Nos era muy perjudicial la falta de intérprete, tanto porque esta mujer [india que traen de la provincia de Barquisimeto y que apenas conoce el idioma de los Cuybas] tenía dificultades en traducir las órdenes que le dábamos como porque su natural timidez le impedía hacerlo con la energía que deseábamos. (87)

La traducción “fiel” es un acto de fe, tanto para Federmann y los suyos como para los lectores. Las citas seleccionadas vuelven a dejar al europeo conquistador en un terreno de inestabilidad que no es otra cosa que una encrucijada asfijante. La traducción e interpretación “fiel” deviene casi una paradoja hermenéutica. La posibilidad misma de su existencia se diluye como tal, o bien por el intercambio lingüístico hiper-mediado - debido a la cantidad de intérpretes, a sus libertades o licencias discursivas, sumadas a sus propias capacidades de comprensión y a sus probables tergiversaciones (intencionales o no); o bien por la falta de dirección que se le imprime al enunciado. Frente a la evidente pérdida del objeto del discurso de la mano de lenguas y lenguas, la timidez de la india intérprete desluce la orden, la fuerza de la misma, su valor de acto (no casualmente esta “falta de rigor” le compete a la única intérprete femenina del relato). Los nativos, al asumir ese nuevo rol de “informantes viajeros” (Clifford, 1997: 97), devienen no sólo mediadores culturales en viaje, sino también -y sobre todo, enfatiza Federmann- mediadores lingüísticos de bandos políticos en colisión. He ahí el riesgo de la descomposición del mensaje; he ahí la fuerza/el poder de este nuevo sujeto clave en la experiencia del viaje de conquista.

La pérdida es evidente, tanto en términos territoriales como en términos político-culturales. El lenguaje de la acción es el único lenguaje decodificable, es el lenguaje del viaje mercenario: directo, violento, sin ambages, un lenguaje que le da nombre a un yo cuyo paso deja rastro.

5. Federmann y su política disciplinaria

La conquista de Venezuela de la mano de los Welser tiene a Ambrosio Alfinger como primer gobernador. Los juicios de residencia hechos contra los Welser poseen graves acusaciones de crueldad y abuso extremo hacia los naturales de la región, principalmente contra Alfinger pero también contra el propio Federmann; acusaciones que serán el principal obstáculo en las tratativas de los Welser para que sea nombrado Gobernador de Venezuela durante el segundo período¹⁰.

En el juicio de residencia seguido por el Dr. Navarro (1538), Salvador Martín, 40 años, natural de Albacete, declara:

Y asimismo sabe y vio que el dicho Federmann del Río de Huaque envió a Enrique Martín con ciertos dolientes a esta ciudad y cuando volvió el dicho Estaban Martín llevaba muchos indios coquetíos de los amigos en prisiones y atados, fuele preguntado que qué tantos serían, dijo que hasta setenta u ochenta, fuele preguntado que si sabe vio oyó decir que el dicho Federmann mandase consintiese que los cadeneros que llevaban a cargo los dichos indios cuando se cansaban con las cargas que llevaban les cortaban las cabezas por no pararse a sacarlos de las cadenas, dijo que oyó decir por muy público y notorio y asimismo vio que en

¹⁰ Cuando muere Alfinger, Federmann vislumbra la opción de la gobernación como una posible realidad: conoce la tierra, es amigo de los Welser, está en la corte española y tiene dinero que trajo de América. Si bien llegan de Venezuela malos informes sobre su conducta, las influencias de los Welser y los servicios que les debe el emperador juegan a su favor y Federmann obtiene la gobernación. La noticia de su nombramiento es oída con estupor en Venezuela. Los españoles de Coro envían a la corte un apoderado especial para que lo impida, Alonso de la Llana, quien hace relatos que indignan a todos sobre el accionar de Federmann en esa tierra. Ante ello, el presidente del Consejo de Indias, sabiendo que Federmann ya había partido, envía un correo tras él en el que se le quitan las provisiones y lo suspenden del oficio de Gobernador. Si bien los Welser redoblan la apuesta sobre la apetecible Venezuela, no insisten con Federmann porque de la Llana había interpuesto un recurso inobjetable: Federmann no podía ser gobernador mientras no se le hiciera un juicio de residencia. Tal instancia legal implicaba un examen en el que habría que rendir cuentas, también económicas, y eso era, por donde se lo mirara, perjudicial. Los Welser entonces deciden llevar a Federmann a la sombra de otro: Jorge Hohermuth o Spira (Arciniegas, 1941: 169-184; Baralt, 1939).

dicha jornada cortaban a algunos indios las cabezas por no los sacar de las cadenas... (Juicios II: 183-184, en López, 1985: 57)

Los juicios y los testigos son variados pero todos ellos corroboran la misma denuncia: “por no se parar a abrir las cadenas que llevaban en los pescuezos cortaban las cabezas a los indios [cansados por las cargas] y así los mataban” (Bartolomé Rodríguez, Juicios I: 400-401, en López, 1985: 58). De escenas como estas se hará también eco Bartolomé de las Casas en su *Brevisima relación de la destrucción de las Indias* (1542), aludiendo asimismo a los juicios aquí mencionados y a la ceguera de la justicia sobre los grandes estragos y males perpetrados por los alemanes en Venezuela, todos ellos testificados y “probados”.

Son muchas y reiteradas las escenas de violencia en la *Historia indiana* pero en ningún caso se trata de abusos como el que se reitera en los juicios. Allí los indios son “tropa” de carga, esclavos o prisioneros, “material” de intercambio, guías, lenguaraces, “piezas” a vender, “mercancía” constitutiva de un mercado redituable, sostenido y legitimado, de hecho, por el propio Carlos V en su capitulación y regulaciones. Al respecto, merece tenerse en cuenta que, según se especifica en el cedulaario real, “Los Welser habían obtenido una licencia para importar, además de los 4000 esclavos que les concedieron los asientos primitivos, 800 negros en Venezuela, pagando solamente un ducado por pieza en vez de los dos acostumbrados. Pero los negros se cotizaban en los mercados venezolanos a precios menos elevados que en otras partes de América, por lo cual los Welser se dirigen al emperador para conseguir permiso para importarlos en toda América, ofreciendo 2000 ducados por la licencia. Carlos lo concede el 21-VI-1534” (Otte, 1959: Tomo 1, XXXIV).

“Saneado”, entonces, desde tal legitimidad, no es la maquinaria mercantil que alcanza al esclavo indio o negro como elemento clave de transacción lo que está en cuestionamiento, sino el tratamiento abusivo sobre la vida de los mismos en el transcurso del viaje de conquista; por eso mismo, el mercado aparece, es aludido en el texto, mientras que las cabezas cercenadas de los indios encadenados se sumen en el más contundente silencio.

Recordemos que los hechos narrados suceden a lo largo de 1530 y 1531, tiempo en que Federmann realiza este viaje, que los juicios se dan luego (1538 y siguientes, lo que permite pensar que las acusaciones se extienden también a su accionar posterior en estas tierras) y que el texto se publica en 1557. Vale la aclaración porque las condiciones de escritura y publicación son parte clave e influyente tanto del contenido como de sus tonos.

Como sabemos, lo publica su cuñado Hans Kiffhaber, ciudadano de Ulm como Federmann, quien se lo dedica al “noble y poderoso señor” Juan Guillermo de Loubenberg, consejero de Carlos V. El texto se abre, por tanto, del siguiente modo:

Querido y gracioso señor:

He sabido que sois no sólo amante y conocedor de las cosas antiguas, sino también de las expediciones de ultramar llevadas a cabo en nuestra época y que han producido, por la gracia de Dios, el descubrimiento de las nuevas islas, llamadas el nuevo mundo, donde se encuentra cantidad de oro, de piedras finas, de especies y maderas preciosas, lo que prueba la gran bondad de Dios hacia el género humano [...]

Algunos de los que han visto el Nuevo Mundo, después de haber emprendido penosos y dispendiosos viajes, han publicado grandes volúmenes en los cuales se encuentran cosas sorprendentes. Mi difunto cuñado....
(41)

Esta apertura redirige el relato en el camino del género más apetecido por el público alemán del período: el relato de viaje de aventura y exploración (Johnson, 2008), lo que aparece ya explicitado en la adjetivación elegida para el título: *Historia Indiana. Una bella y amena historia del primer viaje de Nicolás Federmann, el joven, de Ulm, emprendido desde España y Andalucía a las Indias del Mar Océano, y de lo que allá le aconteció hasta su regreso a España, descrita brevemente, de muy agradable lectura.*

La dedicatoria enmarca la narración de acuerdo con los gustos del dedicado (y por extensión de un público potencial más general al que se apela y en base al cual se concibe ese título), así como carga las tintas sobre la bondad divina que les permite seguir descubriendo espacios desconocidos, riquezas y cosas sorprendentes. Claramente, el relato de la violencia escapa a esta tríada, horizonte de expectativas central del lector alemán y reformado. Si bien las escenas que componen tal relato parecen haberse incrementado en el segundo período de Federmann en Venezuela, ya estaban presentes en el primero, aunque no así en el texto que da cuenta de ese viaje. Si las condiciones de publicación de su *Historia* (públicos, dedicatoria, gustos, expectativas de lectura y consumo) explican la “limpieza de excesos” que reviste el texto, esto responde asimismo a una cuestión genérica que determina los contenidos. Los tormentos se leen en las declaraciones judiciales, cartas, panfletos y escritos de escribanos, porque son esos (y no otros) los espacios de escritura o declaración de un relato que es eminentemente político. Aun cuando pueda pensarse la escena de las cabezas cercenadas en clave económica (el cuerpo del indio cansado o en desmayo pierde valor en tanto “cuerpo

productivo”, rompiendo así la utilización que lo significa); o bien cuando el propio texto en su lógica y diégesis intente hacerla jugar en esa clave (el tiempo hacia el espacio de la riqueza o del gran descubrimiento vale más que “la pieza”), la escena en sí refuerza la falta de gracia divina y la completa ausencia de la misma ligada al género humano. El colonialismo que propicia la conquista imperial –Las Casas mediante- se vuelve inmoral, repudiable y, por tanto, atenta contra su propia legibilidad. De todos modos, si bien esto podría “explicar” su ausencia, aun así el relato de Federmann nunca tendrá la suerte del relato “ascético” del padeciente cautivo de los tupinambá, publicado el mismo año. Sin la sorpresa etnográfica de los caníbales tupí que este ofrece, ni las aventuras vividas durante el cautiverio, ni la religiosidad piadosa del viajero Staden, el relato de Federmann pierde interés. La conquista gana terreno en este caso, incluso por encima del viaje mismo, por eso ni siquiera las riquezas encontradas y enterradas logran equilibrar la potencia del relato.

Encaramado en su rol de conquistador, Federmann cuenta la violencia legal ejercida hacia los otros, indios e indias, que no reconocen obediencia, es decir frente a la rebeldía y el desacato de los sujetos a dominar:

...mandé detener y amarrar el jefe de los Guaycaríes y al otro cacique que me acompañaba, y los conduje a un bosque donde los hice poner en tormento para averiguar por qué me habían esperado armados y por qué se habían portado tan mal con los míos, y les habían rehusado los víveres. Los caciques se dejaban martirizar sin querer responder, pero hice fusilar a uno de ellos delante de su compañero para escarmiento... (106)

El castigo infligido al cacique de los Guaycaríes y a su compañero por no acatar la orden de sostener y proveer de alimentos a los europeos y por hallarse en guardia ante el regreso de estos a su aldea, no sólo obedece a la punición por la desobediencia, sino también constituye una táctica de guerra y de gobierno: la búsqueda de información por un lado, el miedo por el otro. Es evidente que existe un uso pragmático y legítimo de la violencia cuando esta se ejerce para lograr la subordinación (Rabasa, 2000: 22), pero también es claro que, como lo ilustra este caso, esa legitimidad se ve reforzada si entra en el marco intrínseco del código bélico. Como sucedió con los caciques Guaycaríes o con los guías Cyparicotos, despedazados por haber conducido a Federmann y a los suyos por el bosque “arteramente” (“para vengarse y hacernos morir de hambre, lo que por poco consiguen”, 117), la “pedagogía del terror” que se practica, no sólo posee la contundente fuerza del “correctivo” sino también, y principalmente, una expansiva fuerza proyectiva. Pero esa fuerza se adquiere no sólo en la acción del castigo propiamente dicha, en el relato de la misma, sino también en su espectacularización. El miedo deviene, así, un arma disciplinar efectiva, la cual, sumado a la acción concreta punitiva, se potencia exponencialmente. Así, por el temor que inspiran, los indios huyen, las mujeres y los niños escapan, algunos se encierran, otros acogen forzosos la alianza y la sumisión. Aparentemente hay parámetros, hay un uso “aceptable” de la violencia, la tortura como *exemplum* es una práctica ejercitada, la fuerza empleada para asegurar el control, es otra de ellas. El exceso es condenado legalmente, no debe hacersele “más daño del que fuera menester”, se dice en la Ordenanza 136 que compone el Requerimiento (Rabasa, 2000: 89), por eso las cabezas rodando, ajenas a todo intento de regulación de fuerza y violencia, quedan fuera del texto.

Los resultados de esa violencia integral a la ley son concretos. En general se logra el sometimiento de la mayoría de las naciones indígenas con las que se van encontrando. Esto sucede, entre otras, con la nación de los enanos, la cual es rápidamente reducida, sometida, bautizada y pacificada, en virtud de lo cual, y como signo de alianza y reconocimiento de poderío, le ofrecen ciertos “obsequios”:

Me hicieron algunos regalos de oro; el cacique me dio una enana de cuatro palmos de altura, bella, bien conformada y me dijo que era mujer suya; tal es su costumbre para asegurar la paz. La acepté a pesar de su llanto y de su resistencia, porque creía que la daban a demonios no a hombres. (69)

La breve escena de la indígena enana merece comentario aparte, porque, a pesar de que este tipo de “regalo” femenino (que en el relato encuentra su lugar en paralelo al oro) funciona como parte de un protocolo de guerra y posterior alianza y paz con el vencedor, ella, que según el narrador es un espécimen raro por su pequeña estatura y especialmente por su belleza y buena conformación, se resiste como puede. Aún en el marco de una tribu que rinde obediencia, existen atisbos de resistencia, la cual aquí, de todos modos, vale aclararlo, no responde a los términos de ese código que evidentemente comparte sino a los sujetos a los que es cedida. Los europeos no califican ante sus ojos como vencedores sino ante todo como “demonios”. En su caso no son dioses, seres que adquieren esa condición al ser vistos por primera vez, como sucede con otras tribus; aquí el aspecto demoníaco es producto de otra cosa. Tampoco es la condición que explica la victoria del combate entablado o la contundencia del mismo. Los conquistadores entran en el terreno demoníaco por sus acciones previas, la violencia y el temor son contundentes al respecto. La india enana llorando y

resistiéndose es el ejemplo más claro de la potencia de una pedagogía que, para horror de aquellos que apelan a la gracia divina guiando el accionar del género humano, resulta eficaz.

Sin embargo, la rebeldía no se limita al llanto y a cierta fuerza física, como se dice y se presume en este caso, también hay otro tipo de rebeldes, los que el propio Federmann identifica como quienes entablan una “resistencia desesperada”. Se trata de quienes optan por destruir sus provisiones y propiedades antes de darlas para el goce del enemigo, los que prefieren morir incinerados antes que caer en manos de españoles, los que defienden su poderío hasta el final, como sucede con la nación de los Guaycaríes, “las gentes más malas y obstinadas” halladas en el viaje, que se niegan “con altanería” a la alianza con el conquistador y presentan batalla, aunque los resultados no sean finalmente positivos para ellos (los europeos apelan a la táctica de la sorpresa, los cercan, los arrollan, los derriban por tierra y los degüellan “como a puercos” (106).

El trato para con los rebeldes es similar, sea cual fuere la nación que se resista. Así se encadena a indios como reproche por la fuga de mujeres y niños o como intimidación, así también se traspasa con la espada el cuerpo del cacique que prorrumpen en alaridos al verse arrestado, aunque esto se explique –dice el narrador– “para evitar una sedición” (114). A pesar de toda la amplia gama de “correctivos” ejercidos sobre el Otro, la resistencia (si bien minimizada por su falta de estrategia, de ahí que sea “desesperada”) de un modo u otro hace mella. Afecta porque los deja a expensas de un espacio que desconocen (perdidos en medio del bosque sin saber cómo salir) o a merced de la carencia y del hambre (ante la falta de indios portadores de alimentos). Pero además afecta porque rompe la estela parlante de los *cuentos disciplinares* (el camino regado de cabezas es por sí solo elocuente); es así como surge una tribu que se levanta, una nación que no se vence. Se trata de la última aldea de la nación de los Caquetíos¹¹, la que ofrece pelea, los obliga a retroceder, golpea con fuerza al propio capitán, le rompe su escudo, lo derriba, alcanza su cuerpo y, si no fuera por un soldado que lo impide, también lo mata.

Ya al comienzo del relato se da cuenta del valor, la fuerza y el dominio de esta nación, incluso de su altanería distintiva: “nos dieron más de tres mil pesos de oro, lo que equivale a cinco mil florines del Rhin, [...]; nos lo dieron solamente para probar su opulencia y no por temor como lo habían hecho las demás naciones” (112). Son ellos quienes los reciben sin obsequiarles presente alguno, “y aun en varias aldeas pretendieron hacernos pagar los víveres que nos suministraban” (112). En un relato donde lo económico posee un rol estructurador, estos indios no sólo no reconocen la supremacía (no hay obsequio de oro a pesar de tenerlo en abundancia) sino que redirigen el concepto de valor. Alejado del trueque desigual (oro y/o perlas por anzuelos de hierro y sartas de cuentas de vidrios, entre otras cosas, “como se sabe, de muy poco valor en nuestro país” (61) (Montenegro, 2017: 282), los caquetíos exigen pago por los alimentos, instalan un tipo de transacción de paridad entre quien posee el objeto deseado y quien cuenta con el modo de “pagar” por él; lo que Federmann no consiente. Esta escena atípica, casi diría única en relatos de conquista tempranos¹², se da con estos indígenas en particular, específicamente con la última parcialidad de la nación Caquetío conocida por este viajero, es decir, cuando la pedagogía federmanniana ya fue aplicada en toda su extensión y forma. Los caquetíos conforman la lógica del rebelde a una opresión que los cosifica y homogeneiza. Si la posesión de riqueza los distingue (son descritos como la única nación que hace gala de su “opulencia”), la oposición continúa la misma línea.

El imperio como aparato uniformador debe entablar una lucha perpetua y multiforme por sostener su dominación; las resistencias, sean del cariz y de la dimensión que sean, son parte intrínseca de dicho aparato; desafíos técnicos, empíricos e ideológicos a una violencia cuyo sistema está en proceso.

¹¹ “Para la época del descubrimiento ocupaban el territorio del Estado Falcón en Venezuela los indios caquetíos, que dominaban desde el río Coculza al oeste, hasta el Gueque al oriente, por el norte la península de Paraganá hasta el mar de las Antillas, y por el sur hasta el río Tocuyo y Baragua, circunscripción habitada por estos indígenas [...]. Estos indios estaban divididos en multitud de parcialidades, gobernadas por señores o régulos independientes, sin otros lazos de unión que la lengua, religión y costumbres casi idénticas y las alianzas o federaciones que celebraban para emprender guerras ofensivas o defensivas”. (Salas, 1908:178-179)

¹² Recordemos que hay una escena previa en la que se abre la posibilidad de una transacción de esta naturaleza pero en esa ocasión son los europeos los que ofrecen pagarle a los Guaycaríes, frente a la falta de suministro de víveres por parte de estos últimos y ante el hambre padecida. Sólo que esta vez, al reconocer en los víveres una herramienta con la que vencer o vengarse del enemigo, son los indígenas los que se rehúsan (Capítulo XI, 105).

6. Cuando el viajero dice yo

La *Historia* de Federmann es el relato que el editor –vale la pena recordarlo– describió como “ameno” y de “agradable lectura”; relato que comienza, en verdad, en esa línea con una anécdota previa a la llegada a Venezuela¹³. Si bien en el texto de Federmann el discurso ideológico-mercantil es el que domina la representación, existe esa aventura anticipatoria, así como hay instancias de subjetividad que escapan al encuadre que establece tal tipo de discurso. De repente, en medio de la conquista, hace su entrada el yo del viajero:

Puede suponerse en qué mala ocasión nos ocurrió aquello [la enfermedad de más de sesenta cristianos] y en qué aprietos me hallaba, encontrándome en un país lejano, desconocido, con soldados enfermos e incapaces de defenderse. Dudaba si debía avanzar o retroceder, hallándome entre gentes con cuya amistad no podía contar sino en tanto que no se creyesen lo bastante fuertes para combatirnos. Tampoco sabía qué naciones teníamos por delante y debíamos suponer que siendo enemigos de la de Barquisimeto serían poderosas y aguerridas, puesto que habían podido enfrentarse a rivales de tal modo fuertes y numerosos.

Nada de esto pudo, sin embargo, hacer vacilar mi resolución de continuar el viaje; por lo demás, nada bueno podíamos esperar si volvíamos por nuestros pasos [...].

Eligiendo, pues, el mal menor, me volví a poner en camino y más bien parecía que conducía una banda de inválidos y gitanos y no que iba a la cabeza de un ejército (82).

Como no podía ser de otro modo, el yo confiesa su incertidumbre en el marco de un contexto bélico. Es decir, es el discurso militar, clave de la conquista, cuyas convenciones practican los cronistas (Jara y Spachini, 1989: 15-16), el que posibilita la declaración de la duda. En ese marco el capitán enuncia su incertidumbre, se lamenta por las enemistades indígenas que supone cercanas y, frente a eso, por el paupérrimo ejército con el que cuenta. En un texto como este, donde todo es entendido en término de táctica y estrategia, el viajero relator se permite decir su inseguridad, la cual adquiere precisamente por eso otro espesor: qué táctica, qué estrategia conviene llevar a cabo en un terreno que no se conoce, con unas naciones que no se sabe, frente a un ejército que ya no lo es.

Si bien el *homo viator* renacentista “es aquel que se encuentra con y en lo imprevisto, el que no cuenta con la fortuna sino con sus propias posibilidades, el que se siente vulnerable ante el espacio, el enemigo y la lengua”, aquí esas circunstancias no generan miedo, sentimiento que suele proponerse como “concepto genérico del héroe renacentista” (Soler, 2003: 76-77). La vulnerabilidad que traslucen las palabras de Federmann es única y está muy matizada en su relato; ese “dudaba”, “tampoco sabía”, no volverá a aparecer, a lo sumo la enunciación de cierto descontento por algún resultado específico contrario a lo esperado, no más. Esa declarada inseguridad del viajero conquistador frente a esas específicas circunstancias parece desaparecer frente a la contundente resolución de seguir el viaje. “Nada de esto pudo, sin embargo, hacer vacilar mi resolución de continuar el viaje” escribe, como si dijera “nada de esto pudo conmigo”. La *lógica provechosa del viaje*, pregonada al comienzo, marca el ritmo del relato y del movimiento y eso, aparentemente, no cambia; sea el hambre, la sed, la enfermedad producto de ambas, sea la falta de guías lo que condiciona el desplazamiento. El viajero moderno, mercantil y práctico, incluye una pequeña y casi subrepticia instancia improductiva: la de la confesión del yo que ante todo declara no saber. La confesión se imbrica con la lógica del viaje y al permitir delinear la figura del viajero en una mayor dimensión, asimismo pone el acento en la particularidad de lo vivido; la experiencia de ese hombre y su tropa en el espacio venezolano cobra relieve, adquiere *singularidad*. Aunque en el caso de Federmann esa pequeña confesión del yo abona a su “humanidad” (lo que resulta necesario para lograr la buscada empatía con el lector alemán), asimismo permite su exhibición y vuelve a poner el énfasis en la infranqueable determinación del mercenario germano aún en las circunstancias más desfavorables. La confesión debe leerse, por eso mismo, en todo sentido, también como apertura hacia una instancia crítica dirigida hacia el tipo de ejército (mayoritariamente español) con el que cuenta. La duda nace ante el declive defensor del bando del que forma

¹³ Los europeos son hechos prisioneros por los árabes de la Berbería que moraban en la costa de la isla de Lanzarote. La intención era pedir rescate por ellos, entonces Federmann les propone “ir a bordo del navío para entenderme con el Capitán, ocultándoles que yo mismo lo era” y les ofrece dejar a los demás de rehenes hasta su vuelta. Ante la negativa, pide escribir, cosa que los raptos consenten. Llegan del buque por la carta dos hombres a pedido del capitán: un barbero para curar las heridas y un griego “que sabiendo la lengua árabe podía servirnos de intérprete”. Así es como da órdenes para que llegue el socorro y logra finalmente la liberación. En esta escena, propia de un relato de aventuras, los otros árabes hablan un idioma inentendible para el cual se precisa un intérprete; para salir del encierro se necesita un jefe que pueda urdir estrategias con el enemigo aún en la adversidad; y los prisioneros (que aquí son los europeos) “valen”.

parte y que dirige: “más parecíamos una tropa de bohemios que una compañía de gente de guerra”, dirá más adelante. El lamento se hace lugar, entonces, frente a esa “tropa” o “banda” de inválidos y las acciones del capitán con ese ejército *sui generis* adquieren dimensiones superlativas e insospechadas. Aún más, el relato de los castigos ejercidos tanto sobre los soldados sediciosos como sobre los indios rebeldes le ofrecen al propio Federmann la posibilidad de demostrar su férreo temple. El “humano” Federmann confiesa la trastienda de la acción del viaje (frente al desconocimiento, sopesa posibilidades, arma estrategia y opta por continuar el desplazamiento aún en plena adversidad) y hace de la duda la base para una grandiosidad personal que juzga necesaria.

El relato que se lee es *ante todo* de Federmann, porque el viaje que escribe el notario y completa y reescribe el conquistador *resulta* de Federmann. La posesión del viaje (entendida en su amplia significación) es la condición de posibilidad de esa autoría. La palabra construye un orden que resguarda al viajero de toda la corrosión que puede suponer un espacio ajeno y desconocido, lo redimensiona como sujeto y capitán, remarca los bordes de un cuerpo europeo que precisa de ese control representacional para existir diferencialmente. Quizás desde aquí haya que pensar la ausencia posterior de narración por parte de Federmann en lo que hace a su segundo viaje a Venezuela. Una vez establecido un “orden” que sostiene y afianza la autoridad del yo- viajero- conquistador-mercenario, el viaje de exploración del mismo sujeto al mismo espacio (aunque en rigor sea otra la zona recorrida) pierde su capacidad discursiva; su puesta en narración deja de ser un imperativo político-cultural. Esto no significa que el ideograma que sostiene y define al sujeto europeo en viaje y a su relato se resquebraja en su potencia, sino que el discurso que ayudó a construirlo (al menos en ese “orden”) ya no puede hacer diferencia.

Con un ojo cargado de imágenes y un discurso mediado, Nicolás Federmann, agente de los Welser, dice yo europeo y capitán; dice los nuestros bohemios, desvalidos; dice ellos traidores, lábiles aliados; dice piezas, carga, perlas, oro; dice guerra y cuerpos a dominar en un espacio que por momentos es Venezuela y, en otros, podría no serlo. En esa variabilidad construye un tipo de relato de viaje que no se encuentra marcado tanto por la espacialidad que se recorre (su geografía y su gente), como por quien la atraviesa, un relato que es sobre todo el relato de una dominación. No es el origen germano o la condición mercenaria lo que lo distingue en su discursividad funcionalista (hay contemporáneos y coterráneos que no ejercen el discurso de la misma forma). Federmann crea un tipo de relato signado por una *corporalidad política*: es su cuerpo marcando el tránsito por el territorio a conquistar, su brazo dirigiendo el mando del ejército, su poder aplicando “disciplina” sobre los cuerpos “rebeldes”. Una corporalidad que (no hace falta aclararlo) es la suya, como suya fue la decisión de emprender el viaje, suyos los esclavos, suyo el rédito y también la pérdida.

El viaje aquí es visto como producto de una fuerza de dominio; su relato concebido, por lo tanto, como propiedad (de hecho es legado a su cuñado después de muerto); y el yo, no sólo como el viajero que da materia a la narración, sino como el sostén de un sistema y una concepción que lo define; aún más, como su garante.

Referencias bibliográficas

- Arciniegas, Germán (1941). *Los alemanes en la conquista de América*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Arellano, Fernando (1986). *Una introducción a la Venezuela prehispánica. Culturas de las naciones indígenas venezolanas*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Baralt, Rafael María (1939). *Resumen de la historia de Venezuela. Desde el descubrimiento de su territorio por los castellanos en el siglo xvi, hasta el año de 1797*. Brujas- París: Desclée, de Brouwer.
- Bhabha Homi (2002). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial. Trad. de César Aira.
- Casas, Bartolomé de las (2017). *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Buenos Aires: Corregidor.
- Chartier, Roger (1999). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Buenos Aires: Editorial Gedisa.
- , ----- (2006). *Inscribir y borrar. Cultura escrita y Literatura (Siglos XI-XVIII)*. Buenos Aires: Katz Editora.
- Clifford, James (1997), “Traveling Cultures”, en *Routes and Translation in the Late Twentieth Century*. Cambridge: Harvard University Press, págs. 17-46.
- Creswick Morey, Nancy Kathleen (1975). *Ethnohistory on the Colombian and Venezuelan Llanos*. Utha: University of Utha.
- Descubrimiento y conquista de Venezuela (Textos históricos contemporáneos y documentos fundamentales)*. 1962. Caracas: Academia Nacional de la Historia. Tomo II: “Cubagua y la empresa de los Belzares”.
- El Jaber, Loreley (2011). *Un país malsano. La conquista del espacio en las crónicas del Río de la Plata (Siglos XVI y XVII)*. Rosario, Beatriz Viterbo.

- , ----- (2016), "Introducción", en Ulrico Schmidl. *Derrotero y viaje a España y las Indias*. Paraná: Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos (EDUNER), págs. XIII-XXXV.
- Elsner, Jás y Joan-Pau Rubiés (1999). *Voyages & Visions. Towards a Cultural History of Travel*. London: Reaktion Books.
- Federmann, Nicolás (1985), "Relación del primer viaje a Venezuela", en Lorenzo López. *Alemanes en América*. Madrid: Historia 16.
- Friede, Juan (1960). *Vida y viajes de Nicolás Federmann*. Bogotá: Librería Buchholz.
- Foucault, Michel (2012). *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- , ----- (2008). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Jara, René & Spadachini, Nicholas (1989). *Re/ Discovering Colonial Writing*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Jáuregui, Carlos (2003), "Brasil especular: alianzas estratégicas y 'viajes estacionarios' por el tiempo salvaje de la Canibalia", en *Heterotropías: narrativas de identidad y alteridad latinoamericana*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, págs. 77-114.
- Johnson, Christine (2008). *The German Discovery of the World: Renaissance Encounters with the Strange and Marvelous*. Charlottesville & London: University of Virginia Press.
- López, Lorenzo (1985). *Alemanes en América*. Madrid: Historia 16.
- López de Mariscal, Blanca (2004). *Relatos y Relaciones de Viaje al Nuevo Mundo en el siglo XVI. Un acercamiento a la identificación del género*. Madrid: Ediciones Polifemo y Tecnológico de Monterrey.
- Montenegro, Giovanna (2017), "Conquistadors and Indians 'Fail' at Gift Exchange: An Analysis of Nikolaus Federmann's Indisnische Historia (Hagenau, 1557)". *MLN* 132 (2), págs. 272-290.
- Otte, Enrique (1959). *Cedularios de la Monarquía Española relativos a la Provincia de Venezuela (1529-1552)*. Caracas: Edición conmemorativa del Sesquicentenario de la Independencia de Venezuela. Publicada por la Fundación John Boulton y la Fundación Eugenio Mendoza. Tomos 1 y 2.
- Plaza Delgado, Amílcar (1956). *Las armas españolas en la conquista de Venezuela (siglo XVI)*. Caracas: Instituto de Estudios Hispanoamericanos, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.
- Rabasa, José (2000). *Writing Violence on the Northern Frontier. The Historiography of Sixteenth-Century New Mexico and Florida and The Legacy of Conquest*. Durham & London: Duke University Press.
- Rolf, Walter (1985). *Los alemanes en Venezuela. Desde Colón hasta Guzmán Blanco*. Caracas: Asociación Cultural Humboldt.
- Salas, Julio C. (1908). *Etnología e Historia de Tierra Firme (Venezuela y Colombia)*. Madrid, Editorial América.
- Schmidl, Ulrico (2016). *Derrotero y viaje a España y las Indias*. Paraná: Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos (EDUNER).
- Soler, Isabel (2003). *El nudo y la esfera. El navegante como artífice del mundo moderno*. Barcelona: Acantilado.
- Staden, Hans (1945). *Viajes y cautiverio entre los canibales*. Trad. de María E. Fernández. Buenos Aires: Editorial Nova.
- , ----- (2007). *Duas Viagens ao Brasil*. San Pablo: L&PM Editores.